

entre la
clandestinidad
y la nostalgia



REGRESO A L



MUCHO antes de que la actual moda por todo lo británico, por el retorno a la que se dio en llamar «belle époque» o su inmediata secuela, los llamados «happy twenties», se impusiera en Europa, se inauguraba en Estados Unidos, concretamente en Chicago, el primer «Gaslight Club». Las coordenadas que le hicieron nacer eran, en grandes líneas, las mismas que están dando lugar, en la actualidad, a la floración en todos los terrenos de lugares volcados hacia un pasado muy próximo, y que no siempre pueden calificarse de regresivas. Al lado de un sentimiento de inseguridad, que si hoy puede estar simbolizado en los acontecimientos del Vietnam, en los años del primer «Gaslight» tenía el equivalente de Corea, existe en este volver los ojos a un determinado tipo de establecimientos, a una determinada moda vestimentaria, a una música —del charleston al blues— que en un momento dado pareció desterrada de los usos, una especie de afán de evadirse de los problemas de la actualidad por la vía del juego a la clandestinidad. En el fondo es algo similar a lo que ocurrió en la «edad de oro» de Saint-Germain-des-Prés, cuyas «caves» no eran otra cosa que la continuación, a la luz del día, de los reductos en los que se reunían los resistentes más o menos auténticos o, simplemente, los que querían pasar unas horas fuera de la vigilancia de los alemanes. Para los «Gaslight Clubs» el modelo es otro. Más británico y un poco más alejado en el tiempo. Se trata de los «pubs», de carácter idéntico, en los que, a la luz del gas, se reunían los revolucionarios irlandeses durante las épocas de mayor represión, aquellos por los que evolucionaban los personajes de Joyce y O'Casey.

Naturalmente, y puesto que los clubs surgieron en Estados Unidos, a este carác-

SIGUE

A LUZ DE GAS

LUZ DE GAS



Las «Gaslight Girls», siempre vestidas con arreglo a la época que rige la decoración de cada piso, de cada salón, actúan como cantantes y bailarinas simultaneando estas actividades con las de camareras, en la línea de los que se dio en llamar «felices veinte», cuyo ambiente es el dominante en las fotos que reproducimos.



ter se unió pronto el derivado de circunstancias autóctonas de tipo similar. Encontrar la equivalencia no era difícil. Ahí estaba, todavía presente en las memorias de todos gracias especialmente a los films de gangsters, la época de la prohibición. En consecuencia, junto a las invocaciones a San Patricio, patrón de la católica Irlanda, se sacrifica, veladamente, a los manes de Al Capone. Como, por otra parte, los establecimientos son enormes y las distintas plantas están decoradas con arreglo a épocas diferentes, dentro de una tónica general, el contraste no se traduce nunca en confusión. El problema se reduce a subir escaleras. Y puede comenzarse por Irlanda para llegar al Chicago de los años treinta y, en el local de Nueva York, haciendo el viaje en sentido inverso, hacer una incursión al cercano Oeste de las grandes ciudades, con sus salones tapizados en rojo y su nostalgia mal asumida del can-cán francés.

Todo está estudiado hasta el mínimo detalle. Los atuendos del personal, entre el que figura un falso policía cuya corbata amarilla es el único signo de inautenticidad; los muebles; los tejidos empleados para la decoración. En los salones de la época prohibicionista, el whisky se bebe en tazas. La música que se interpreta en cada planta corresponde a la que estaba en boga en la época a la que se pretende retrotraer. Música, por otra parte, a cargo de hombres que han actuado con Artie Shaw, con Paul Whiteman, con Benny Goodman.

Chicago, Nueva York, Washington y Los Angeles son las ciudades que, hasta el momento, cuentan con «Gaslight Clubs» en América. En Europa ha sido París la primera en incorporarse a la cadena. Los socios de cada Club tienen derecho de entrada en los demás, mediante una llave que se entrega en el momento de la inscripción. Como se trata de dar las mayores facilidades a su público, reclutado entre una burguesía media, no demasiado joven, que junto al juego de la clandestinidad practica el de la nostalgia, el Club establece sus propias tarjetas de crédito, sus propias cuentas corrientes y sus propios viajes a Las Vegas, ciudad que sigue representando para los americanos reprimidos lo mismo que para el funcionario europeo representa el Pigalle parisino. En el fondo, no se trata, bajo una apariencia de snobismo sofisticado, sino de una cadena de diversiones organizadas que no queda muy lejos de las vacaciones en grupo o de las excursiones colectivas por cualquier ciudad «by night». Con la diferencia de que se ha logrado, mediante un inteligente planteamiento y un detenido estudio de la psicología de la clientela potencial, un «tono» muy difícil de alcanzar en la industria del «entertainment» planteado a gran escala.

El éxito de la cadena, todavía incipiente a pesar de que el primer eslabón date de hace ya bastantes años, es claro y resonante. Jun-



Clarence Hutchender, clarinete, y George Wetling, batería, componen con Charlie Queener, piano, el trío de jazz que actúa en el «Gaslight Club» de Nueva York. Los tres han pertenecido con anterioridad a orquestas como las de Paul Whiteman, Benny Goodman y Artie Shaw, que cuentan entre las más prestigiosas de la especialidad.

to a la mitificación de la «clandestinidad» de que se habla más arriba, un discreto culto del erotismo. Las muchachas que sirven en el bar, con un atuendo exiguo que recuerda al de los «conejitos» de los «Playboy Clubs», actúan al propio tiempo como atracciones. Algunas son excelentes cantantes. Otras bailan... Nadie, en suma, parece aburrirse, y los precios de las consumiciones están al alcance de cualquier bolsillo. En un momento en que el automóvil por un lado y las fiestas en

casas particulares por otros parecen tender a acabar con las diversiones en lugares públicos, los «clubs» de distintos géneros constituyen el último intento por sacar a las gentes de sus casas con destino a otro lugar que no sea las de sus amigos. La batalla cine-televisión, en el terreno del espectáculo, tiene su equivalente en la que los clubs privados —por otra parte de rancia tradición en Estados Unidos— entablan desde diferentes perspectivas con los lugares abiertos al público.

En este terreno, la cadena de los «Gaslight» puede resultar precursora. El problema se planteará en sus verdaderos términos cuando la angustia ante los acontecimientos históricos en los que vive inmerso el hombre de hoy se traduzca, al llegar a su ruptura la tensión, en acontecimientos de uno u otro signo que hagan que el jugar a la «clandestinidad» no sea ya posible, porque no quedará lugar para el juego.

(Fotos Fernando Gordillo)